

# LOS BRIBONES

## CAPÍTULO I.

Desde muy temprano el Magnate había mandado orden á sus principales empleados para que se reunieran en su despacho particular, con objeto de tratar asuntos de importancia, y aquella mañana de Junio, en que un sol de brillo luminoso y candente, penetraba en hazes esplendorosos dentro de la pieza, urdía pensativo, proyectos que agrandaran sus empresas ó que salvaran las dificultades que siempre y á cada paso brotaban ante sus atrevidas especulaciones. Desde el interior de aquella pieza amueblada confortable y sobriamente, las miradas se estendían, traspasando el vano de las ventanas, por sobre la ondulante é inmensa llanura que se ampliaba, en una tonalidad verde-amarillenta de pastales maduros, confundíendose en la vasta lejanía, con los azules fondos

de las sierras que servían de línea divisoria con la Nación vecina. Por la ventana del lado contrario, la vista abarcaba de un golpe el conjunto admirable y atrayente de la naciente población que hormigueaba, pululando on las calles, trepando por las vías que ascendían al lomerío, encausada en los largos y rectos claros bordeados por las casas del vecindario de obreros. Las oficinas de la compañía, edificadas de ladrillo rojo en bloes de dos ó tres pisos, se enhilaban en la calle principal y sus techos inclinados recortaban el miraje en cuadrilateros que se escalonaban en surcos cónicos laterales y trepaban en las estribaciones de la montaña hacia la cordillera, en cuyo seno, de riquísima formación metálica, se sentía hervir la multitud minera. Después de los edificios, en una brusca elevación del terreno, las gigantescas fundiciones del mineral, de techos arreglados en longitudes cónicas, daban paso á las chimeneas por las que brotaba el humo blanquecino cargado de sulfuros de la materia fundida, en bocanadas densas y que se elevaban en el aire en volutas que giraban hasta difumarse en el azul del cielo. La gran chimenea de treinta y cinco metros de altura, crugía por las expansiones del humo y se destacaba de entre las otras, como una madre



corpulenta y formidable. Erecta audázmente, circular, brillando al sol su cubierta de placas de acero de los talleres de Westhinhouse, por su interior corría con espantable ruido el humo saturado de corpúsculos metálicos en ignición, que emergía en los hornos donde se refinaba el cobre y luego, dando un paseo circular en una caverna de ladrillo refractorio dejando oír al exterior furiosos bramidos, abandonaba toda su riqueza metálica que despues era recogida y vuelta á la refinación.

Como aditamento de la fundición se continuaba la Power-house y escalonándose, posterior á ella, las sierras minerales; se cubría su superficie de casitas de operarios y sus cañadas se hundían desde la cumbre y se eusanchaban al descender al valle. Al trepar la vista, alcanzaba los peñascos de color roji-negro que ascendían como torres truncadas rompiendo la línea ondulante ó angulosa de las cumbres de la sierra y que se prolongaba en la vasta extensión del horizonte.

El Magnate á veces lanzaba una mirada sobre aquel panorama y sus ojillos carnosos y melancólicamente duros, chispeaban con fulgores de dominio y ambición. Desde muy joven, cuando llegó de las regiones del Norte, buscan-

do un campo apropiado á sus inclinaciones aventureras y acariciando nebulosamente en su cerebro una vida de opulencia y de dominio, aspiración en que se fundía su naturaleza, presintió en aquellas llanuras y en aquellas montañas un campo espléndido para sus luchas. Primero las transacciones ganaderas le dieron oportunidad de comprar ganado en pequeña escala y aumentarlo por medio del meroleo y la "cuatrería," en aquellos tiempos en que á los apaches se les podía echar encima todos los robos que los blancos cometían y en que no existiendo las cuarentenas actuales, podía mandarse el ganado á los mercados de San Francisco ó de Kansas City. De este modo había hecho buenos negocios; mas tarde contrajo matrimonio con la viuda de un ganadero de Arizona, continuando como "Cow-boy" del ganado de su mujer; al poco tiempo dejó á ésta en la miseria, disipando los novillos en el juego, las mujeres y el Whiskey. El "Cow-boy," empezó á hacerse célebre desde el día en que en un rancho de Tombstone se agarró á balazos con dos compañeros de cuatrerías, un mexicano y un americano que eran tenidos por los mas audaces y valientes; en la lucha salió triunfante con la muerte de sus contrarios y desde entonces, los



demás "Cow-boys" tenían á honra estrechar su mano y en las correrías "cuatreras" que emprendía, en compañía de aquella gente, él era el qué, con gustosa anuencia de ellos, llevaba la mejor parte en el reparto del ganado recojido.

Sus correrías le habían hecho conocer aquellos cuantiosos y ricos depósitos naturales de cobre y concibió la idea de ser el jefe de una grande explotación minera. Varias veces habló con el viejo General mexicano que después de una vida azarosa de guerra y de política, explotaba en pequeña escala las minas de cobre. El viejo guerrero adivinó en el joven "gringo" un hombre de audacia y de capacidad y tal vez tuvo la intención de asociarlo en sus empresas mineras, pero lleno de orgullosa honrradéz, ante las combinaciones que entrevió desechó el intento. Su muerte dejó aquello abandonado y entonces el atrevido aventurero emprendió con empuje que le valió el éxito, la adquisición de las minas y la organización de una compañía la que, él como Presidente, explotaba ahora en escala bastísima los extensos y cuantiosos y ricos depósitos de cobre nativo. Una población de más de veinte mil almas, acusaba el éxito admirable del antiguo "Cow-boy" convertido ahora en un millonario y á quien el periodico de la

localidad apellidaba:

"S. M. Majestad, EL REY DEL COBRE."

Casi se veían coronados sus esfuerzos y satisfecha su ambición; toda la comarca ganadera le pertenecía; sus valles de pastoría se dilataban hasta mas allá de la línea divisoria; sus vaqueros herraban hasta quince mil becerros al año y dominando el inmenso valle, la ciudad minera se agrupaba como un trono, en los primeros escalones de la Sierra de cobre y desde allí podían las miradas del Amo envolver todo el dominio, cuando tornaba de sus correrías financieras de Estados Unidos y de Europa; por que ahora, ya millonario, sus actividades y su incomparable energía las empleaba en "orejanear" millones lo mismo que en sus buenos tiempos de "Cow-boy" "orejaneaba" becerros. Sus campos ya no eran las llanuras fronterizas; sus reales estaban sentados ahora en el corazón del mundo, en la Ciudad-luz, en París, donde sus rápidas y audaces combinaciones le habían dado ya "le brillant succès" de algunos centenares de millones de francos, sacados á accionistas inocentes, á quienes les hizo creer que los ríos mexicanos se deslizaban dulce y poéticamente sobre arenas de oro. . . . .

BIBLIOTECA ALFONSO REYES  
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
"ALFONSO REYES"  
1886. 1625 MONTERREY, MEXICO



Aquella mañana del mes de Junio el Rey estaba inquieto; su cara carnosa y sanguinea había perdido su aspecto ordinario de ruda franqueza, iluminada siempre por una especie de cortesía arrítmica, sin regla y ex-temporanea, como toda cortesía rústica. Impaciente esperaba á sus hombres, dando pasos por la estancia, cuyo piso hacía crugir su corpulencia; en su diestra tenía una carta en una de cuyas esquinas se distinguía un membrete de tres renglones cortos de letra cursiva de color azul, que decían:

CORRESPONDENCIA PARTICULAR  
DEL CIUDADANO GOBERNADOR  
DEL ESTADO DE . . . . .

Todavía se prolongó un rato más la espera y después de escucharse el rodar de un carruaje en el arenoso pavimento de la calle, se oyeron golpes discretos en la puerta del despacho.

—Come in,—dijo el Rey.

Se abrió la puerta y entró un hombre excepcionalmente delgado, vistiendo cazadora y pantalón que formaba profundos pliegues en los muslos, denotando las menguadas carnes, se le abrochaba en los laterales del corvejon, de rótulas protuberantes; polainas inglesas de color alazán

se le ajustaban hasta los zapatos. Un fieltro de anchas alas ocupaba su siniestra mano. Representaba unos sesenta años aunque de mucha menos edad; una profunda dispepsia lo decrepita prematuramente y daba á su cara de nariz prolongada, de bigote gris semicaído sobre la boca y en la que dominaba la flacura rayana en consunción, un aspecto de profundo disgusto y que á veces se trocaba en desdeñoso desprecio; sin embargo, un detalle quitaba todo este carácter á su fisonomía y era la expresión caninamente sumisa de sus ojos de perro aporreado y hambriento. En lo general, su mísero aspecto desdecía por completo del traje vanamente varonil que portaba: era el Superintendente de la Compañía.

Detrás de este personaje se destacó la figura rechoncha y vulgar de un hombre de regular estatura, de cara de perfil de huevo redondo, de color rosado, semi-calvo, sonriente y de ojillos vivaces y amables: era el Cashier del Banco de la Compañía y al mismo tiempo Presidente Municipal de la Población.

El Rey se adelantó á ellos y extendió su diestra para el "shake-hands."

—¡Hello! ¡hello! Cashier. ¡Hello! Manager. Are you well?



—We are all right. Thanks.  
—Well, Well, Vell. Y el Juez y el abogado Robleda? Por qué no vinieron?

—Creo que llegarán luego. Dijo el Cashier.  
—Siempre hay que esperar á estos hombres. Yo no sé por qué no se acostumbran á considerar que el dinero que se les paga es para que sirvan para algo, dijo el Manager —Sus ojos de perro aporreado y hambriento se tornaron duros por el desprecio que le inspiró lo que acaba de decir.

—Yo pienso lo mismo pero no hay remedio.  
—explicó con ruda franqueza el Rey.

—En efecto. En efecto. No puede haber remedio — insinuó suavemente y sonriente el Cashier.

—Permita Vd,—dijo Ojos de Perro al Rey,— que le diga, que yo creo que, con la influencia que Vd. tiene con el Gobernador, puede Vd. hacer que se nombre un “blanco” de Juez, en vez de éste “dam mex,” borracho y bueno para nada. También creo que el abogado puede ser mandado al infierno y traer un “american lawyer.” Es decir, personas con quienes no se necesite usar espuelas.

—Yo lo haría si pudiera y si no lo hago es por que conozco mis negocios. “That’s all.”

El Rey tenía razón: aquel par de borrachos, como eran llamados el Juez y el abogado por Ojos de Perro, habían sido los mejores agentes para sus combinaciones de ganadero. Borrachos y todo, pero le eran útiles y esto es lo práctico en cuestión de negocios.

—Bueno. Entre tanto hablaremos.—El Rey se acomodó en su asiento junto al escritorio colocado frente á una de las ventanas, mientras el Manager, Ojos de Perro, apoyaba su escuálida persona en una cabecera del escritorio y el Cashier se sentaba enfrente de ellos, masticando su puro y haciéndolo pasar, estendiendo y frunciendo los labios, de una comisura á otra de la boca, sobre la que se erizaba un bigotillo canoso recortado al rás del belfo.

—Well,—dijo el Rey.—Ya V. V., estan al tanto de mis propósitos y espero que pongan todo el cuidado posible para que las cosas salgan bien. Understand? Sobre todo es necesario ir con energía y vigilar á Robleda y al Juez para que hagan bien lo que tienen que hacer. Yo sé bien que estos “mex” se emborriachan cuando mas se les necesita, pero por eso les encargo á V. V., que no los dejen solos un momento hasta que mis instrucciones estén bien cumplidas.



—Estamos listos á todo,—dijo el Cashier.

—Además—dijo el Rey—Necesitamos hacer las cosas de modo que pueda yo, cuando sea preciso estar en New-York para esta cuestión, tener listos los documentos oficiales de las autoridades mexicanas, que comprueben que se está robando á la Compañía en grande escala, pero que ya están en la cárcel los ladrones. Justamente aquí tengo una carta confidencial de mi amigo el Gobernador, en la que me autoriza para que yo haga con toda libertad todo lo que yo crea conveniente á mis propósitos. Léala Vd. Cashier.

El Cashier leyó la carta del membrete de renglones azules.

—¡Magnífico!—esclamó—con esta autorización para que nosotros y el Juez procedamos con entera libertad, todo lo podemos llevar á cabo perfectamente.

La cuestión era la siguiente: El Magnate tenía que rendir su informe anual á la Junta Directiva de la Compañía, que radicaba en New York. En sus propias especulaciones, cuyo caracter conocemos, había invertido cantidades considerables de dinero de la Compañía y cuyo empleo no podía justificar por que era extraño á la negociación. La verdad era que para él el éxito

era brillante por que gran parte de esas cantidades habían aumentado sus propios millones, pero lo que él trataba, era de hacer práctica una de sus geniales combinaciones y por la cual justificaría ante la Junta Directiva de New York qué, la desaparición de los millones era debida á una de tantas fatales dificultades por que atraviesan los negocios, principalmente en un país como México en que, lo mismo se puede ganar mucho como perder lo mismo. Su propósito firme era sobre todo, obtener y seguir con la presidencia y de seguro que lo lograría, como de igual manera ya lo había logrado otras veces, en que se le habían atravesado al paso iguales ó peores dificultades. La principal que, para sus intentos se presentaba ahora, era la pérdida de esas cantidades y que podía servir de pretexto á algunos accionistas con quienes no estaba bien y que tratarían de echarlo de la Presidencia y por esto había que resolver esta cuestión en sentido favorable para él.

—Bueno.—Dijo el Cashier.—Yo creo que la cosa es segura. De aqui á cuando Vd. tenga que rendir su informe á la Junta Directiva, yo le prometo obrar con toda la eficacia posible. ¡Oh! Esté Vd. seguro, Señor, que todo saldrá bien. Indudablemente que todo saldrá bien.—el buen hombre levantaba su labio superior por